

Ama de la muerte

Karen Chance



Traducción de Isabel Blanco González



PANDORA

## Libros publicados de Karen Chance

### **CASSIE PALMER**

1. El aliento de las tinieblas
2. La llamada de las sombras
3. Envuelta en la noche
4. La maldición del alba

Próximamente

5. *Hunt the Moon*

### **DORINA BASARAB**

1. La hija de la medianoche
2. Ama de la muerte

Título original: *Death's Mistress*  
Primera edición

© Karen Chance, 2010

Diseño de colección: Alonso Esteban y Dinamic Duo

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2011, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24. Pol. Industrial «El Alquitón». 28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

© Pandora Romántica es un sello de La Factoría de Ideas

informacion@lafactoriadeideas.es  
www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-640-7 Depósito Legal: B-1-2011

Impreso por Litografía Rosés S. A.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 1



No había ningún símbolo en la iglesia abandonada, pero alguien había tachado las dos primeras letras de la palabra «Oremos» escrita encima de las puertas dobles de la entrada y había garabateado encima «Cacemos». Yo, como católica no lo aprobé, pero como persona acostumbrada a salir en busca de presas me pareció exacto, aunque extraño.

Empujé las pesadas puertas de madera y entré. Había hecho bien al vestirme con ropa de trabajo guay para salir esa noche. En la iglesia transformada en garito nocturno había un grupo minoritario de góticos y unos cuantos tipos con aspecto de turistas, pero la mayor parte de la gente que abarrotaba el local parecía recién sacada de la industria del infierno.

Yo encajaba bastante bien en aquel ambiente con la camiseta de tirantes de seda azul que acababa de sudar de arriba abajo en los últimos cinco minutos y una falda corta negra. El color de la camiseta pegaba con el de las mechas que me había hecho en la melena corta castaña; el de la falda con los ojos. Pedí una cerveza en la barra y di una vuelta en busca de problemas.

No tardé en encontrarlos. Aunque el dueño era un vampiro, el local más que nada estaba lleno de humanos. Todas las noches pasaba por allí un grupo de no muertos ultramodernos para zamparse todo lo que podían del bufé, y por lo que parecía el propietario también cenaba pronto.

Tenía a una morena en una esquina. Le estaba metiendo la mano por debajo de la falda y le hincaba los colmillos en el cuello. Ese era el tipo de conducta que el Senado de los vampiros, el cuerpo rector de los vampiros de Norteamérica, no aprobaba; preferían beber sangre más discreta y sutilmente. No obstante aquel tipo ya había dejado claro que el punto de vista del Senado le traía sin cuidado. Y no solo en ese tema, sino también en muchos otros. Por eso precisamente estaba yo allí. Pretendían darle una lección y además querían que fuera memorable.

La mujer estaba de cara a la multitud. Cuando llegué yo, el vampiro se las había ingeniado para desabrocharle el vestido de arriba abajo. Tampoco es que la chica llevara gran cosa debajo, a menos que uno contara un único pedacito de

encaje negro, dentro del cual él tenía metida la mano. El vampiro le hizo algo y ella se puso a jadear rápida y sonoramente y a mover las caderas de manera involuntaria. Uno de los mirones soltó una carcajada.

Había como una docena, todos ellos vampiros, y al menos unos cuantos de ellos eran maestros. Yo había planeado pillar al propietario solo o, en el peor de los casos, con dos o tres más. No esperaba aquel espectáculo que lo complicaba todo.

Él tiró del vestido por los hombros hasta el suelo y este se deslizó sobre una piel ultrasensible en la cual el menor movimiento era una tortura. Ella comenzó a jadear, a respirar sonoramente por la nariz y a temblar como si tuviera fiebre. El vampiro no se había molestado en nublarle la mente porque cuando la chica no está aterrorizada la cosa ya no tiene gracia. Y porque además sus chicos tenían ganas de juerga.

La habilidad de los vampiros para proyectar pensamientos es limitada. Debido a mi herencia genética, yo los capto mejor que la mayoría de la gente. Ella no se atrevía a mirarlos a los ojos, no se atrevía siquiera a levantar la cabeza. Pero sabía a la perfección qué estaban pensando por las imágenes que le enviaban los mirones constantemente y a propósito.

La estaban bombardeando con imágenes de su propio cuerpo desde una docena de perspectivas distintas: su cuerpo sedoso y brillante bajo los focos, los ríos de sudor grabados a lo largo de la piel de gallina, el último pedacito de ropa que una mano le arrancaba de entre las piernas. Las imágenes le llegaban en estéreo junto con cada uno de los sonidos que había emitido su propia garganta, aumentados. Y las sensaciones de los mirones también eran fáciles de adivinar: excitación, expectación y sobre todo una lujuria creciente por la sangre.

Esto último en especial era cierto del monstruo que la estaba dejando seca. Y no obstante ella se retorció y se apretaba contra él. Nada más comenzar él a recorrer su piel sudorosa con las manos, ella se puso a gemir con desesperación. Estaba atrapada en el incesante bucle de sensaciones que se produce siempre durante el proceso de beber sangre. Es mejor que una droga porque te recorre las venas, te excita, te pone los pezones tensos y te acelera la respiración, pero te arrebató la vida.

Me figuré que con tantos donantes a su disposición él decidiría no vaciarla del todo. Deshacerse de un cuerpo es un engorro, lleva tiempo y además da lugar a investigaciones que él, sin duda, tenía motivos para evitar. Sin embargo, debió de gustarle el sabor en concreto de la chica porque al ver que sus piernas cedían y caía redonda al suelo la siguió.

Interrumpir a un vampiro cuando está bebiendo es una locura porque es cuando más vulnerable y más letal resulta. Pero hace siglos que yo no estoy en mi sano juicio. Le pisé la muñeca con la punta de la bota y le aparté el brazo de la chica.

—Ven a bailar conmigo —le dije con voz alta y clara mientras él se daba la vuelta gruñendo.

Probablemente ningún no humano lo había tratado jamás con tanta caballerosidad, y no obstante la invitación no le gustó. Y todavía menos le gustó el hecho de que algunos de sus vampiros lo vieran. Sin embargo, el asunto también lo intrigó. De pronto me convertí en un plato más sabroso que la chica que estaba tirada en el suelo, jadeando como si fuera un pez al que hubieran sacado del agua y con el vestido de terciopelo hecho un higo bajo el cuerpo.

—¿Sabes? Me está pareciendo que sí —accedió él, que entonces me lanzó una cautivadora sonrisa apenas capaz de ocultar un fuerte sentimiento de triunfo.

Yo hice caso omiso de esa emoción latente en su gesto y cerré el puño sobre su camisa para no tener que tocarlo. Lo arrastré hasta la pista de baile. Él no trató de escabullirse, sino que me siguió. Sus ojos lanzaron un destello de advertencia: la promesa de un futuro dolor.

No se hacía idea.

Sonrió y bajó la vista a mis caderas, que yo comencé a mover al ritmo de la música.

—Parece que estás caliente.

Por desgracia yo no podía decir lo mismo de él. Tenía los ojos fijos sobre mis pechos, pero quizá fuera porque quedaban justo en su línea de visión. Yo mido un metro cincuenta y siete a lo que hay que sumar los casi ocho centímetros de tacón de las botas, pero a pesar de todo él no parecía haber captado el elemento crucial del estereotipo de la chica alta, morena y guapa. Daba igual, porque de todos modos él no había captado nada de nada.

Aunque no parecía darse cuenta.

—Gracias —contesté yo.

Él se echó a reír.

—Lo que quería decir es que me ha parecido que te vendría bien una copa.

—Si la tomamos a solas.

—Eso puede arreglarse —dijo él, alzando una ceja rubia.

Me tomó de la mano y se abrió camino por el suelo pingoso de la pista de baile, dispersando a la multitud que se fue apartando como si fueran campesinos ante la realeza. La analogía me hizo gracia teniendo en cuenta que él era el hijo bastardo de un cerdo granjero. Aunque tampoco es que yo fuera quién para hablar. Yo soy la hija ilegítima de una sirvienta y un vampiro. No podía caer más bajo.

Por supuesto los dos habíamos andado mucho camino desde nuestros poco favorables comienzos. Por aquel entonces él se hacía llamar Hugo Vleck y dirigía una discoteca de éxito. Eso cuando no vendía droga fey ilegal. En cuanto a mí... Bueno, yo resuelvo problemas de vampiros y Vleck le estaba causando muchas preocupaciones a mi jefe. Mi trabajo consiste en alegrarle la vida un poco. Y el hecho de que de paso me divierta es solo un incentivo más.

La gente se agolpaba de tal modo delante de la barra que era imposible llegar, pero a nosotros no nos costó nada que nos sirvieran. No me sorprendió teniendo

en cuenta que mi pareja era el dueño de la discoteca, pero él me lanzó una mirada por encima del hombro para comprobar si yo había quedado debidamente impresionada. Le sonreí y él colocó la mano justo encima de mi culo.

—Cristal para la dama —le dijo al joven vampiro barman al mismo tiempo que me daba el primer achuchón.

—¿Va usted a tomar algo, señor?

Vleck sonrió enseñando los colmillos.

—Más tarde.

Los dos intercambiaron una mirada cómplice. Yo fingí que no tenía ni idea de que la mayoría de los vampiros prefieren tomar el alcohol directamente de las venas de sus víctimas. Según dicen, aumenta el subidón de beber sangre y es el único modo de sentir cómo se quema el alcohol en el metabolismo. Era evidente que Vleck estaba calculando cuántas copas tenía que darme para emborracharme. Yo podría haberle dicho que no hay alcohol suficiente en el mundo, pero ¿para qué echarle a perder la noche?

Al fin y al cabo le quedaba muy poca.

El barman dejó una copa de champán sobre la barra. Vleck sacudió la cabeza y dijo:

—Me llevo la botella. Envuélvemela.

—¿Adónde vamos? —pregunté yo.

—A mi casa. No está lejos.

¡Uau! Debía de estar planeando hacer verdaderas guarradas. Enrollé un brazo en su cintura y apoyé la barbilla sobre su hombro.

—No me apetece esperar. ¿Es que no hay ningún sitio por aquí adonde podamos ir?

—¡Qué va! Mi despacho es demasiado pequeño. No podrías ni darte la vuelta.

—¿Y qué? Tú eres el jefe. Que te hagan sitio —dije yo con una sonrisa seductora, arrastrándolo lejos de la barra.

Como ocurre en la mayor parte de las discotecas guarras, los servicios estaban al final de un pasillo largo y oscuro. Me lo llevé al de caballeros y le quité la camisa de un tirón.

Él se rió y se soltó de mí por un momento para sacar a una pareja de tíos del cubículo de un retrete y echarlos de allí. Uno de ellos llevaba los pantalones enrollados en las rodillas. Me apoyé sobre un lavabo mientras él le ordenaba al vampiro gorila de la puerta que informara a todo el mundo de que los baños estaban temporalmente fuera de servicio. Entonces se giró hacia mí y me agarró por la cintura.

—Vamos a ver qué tienes ahí.

—Creí que nunca me lo preguntarías —contesté yo con una sonrisa, cerrando al mismo tiempo la puerta de una patada.

Cinco minutos más tarde salí del servicio. Me faltaba el aliento, pero dadas las circunstancias no me encontraba mal.

El gorila se fijó en mí. Pareció sorprendido. Quizá porque seguía viva. Pero sonrió.

—¿Te ha gustado?

—Cada cachito.

Fui a pedir mi cheque a la central de los vampiros, más conocida como la oficina de la Costa Este del Senado de los vampiros de Norteamérica. Por lo general son los vampiros los que se ocupan de la escoria como Vleck. Cada maestro es responsable del comportamiento de sus siervos. Pero el sistema no es tan perfecto como pretenden hacerles creer a los humanos.

Los vampiros se emancipan del control de sus maestros cuando alcanzan cierto nivel de poder que los libera de la obligación de obedecer. Otros permanecen bajo el control de maestros de nivel sénior de otros Senados que no siempre son tan meticulosos con las reglas establecidas como lo es el norteamericano. Y después están los resucitados, en los cuales algo falla durante el proceso de cambio y al final terminan por no hacer caso a nadie más que a sus propias mentes retorcidas.

Cuando cualquiera de esos especímenes comienza a dar problemas interviene el Senado. Por suerte para mí, la guerra actual que tiene lugar en el seno de esta sociedad sobrenatural está acabando con el personal. Últimamente las cosas les van tan mal, que incluso están dispuestos a contratar como empleados de la limpieza a los dhampirs: ese odioso cruce entre un vampiro y un humano. Pero siempre me da la sensación de que desinfectan la oficina cada vez que me marcho.

Las puertas del ascensor se abrieron ante un escenario de una elegancia digna del mundo antiguo. Brillantes pilares de madera de cerezo delimitaban una sala en la que las motas de luz de la exquisita lámpara de cristal suspendida del techo incidían sobre una mesa reluciente con flores exóticas. Diversas piezas de mármol en cálidos tonos dorados y ámbar dibujaban en el suelo un sol de largas puntas perfectamente encuadrado en el escenario. La sala habría resultado bonita de no ser por la pintura, de un blanco dañino, de las paredes.

De inmediato un vampiro vino a bloquearme el paso. Delgado y de aspecto irascible, llevaba una chaqueta ajustada, pantalones cortos de terciopelo azul oscuro hasta la rodilla y tacones dos o tres centímetros más altos que los míos. Tenía el pelo rubio largo y tieso como un palo y lo llevaba recogido a la espalda en una coleta. Y además llevaba un auténtico pañuelo de caballero al cuello. Parecía recién sacado de una película antigua de esas en las que no se cortan ni un pelo con el vestuario. Y por su expresión, parecía que algo le olía muy mal.

—¿Quién te ha dejado entrar?

Siempre era la misma historia, cada vez que cambiaban al portero de la puerta. Y cuanto más anciano fuera, peor. Sin duda recordaban los viejos

tiempos en los que a un dhampir se lo mataba nada más verlo. A ser posible lentamente. Me cabreó su actitud porque llevaba ya más de un mes trabajando allí y además la escena de la discoteca me había dejado con ganas de pelearme de verdad. En realidad Vleck no había sido ningún reto para mí.

Pero maldita sea, le había prometido a cierta persona que me portaría lo mejor que pudiera.

—He venido a ver a Mircea —le contesté al portero en lugar de perforar el precioso brocado del papel pintado de la pared con su cabeza.

—Lord Mircea.

—Lo que sea. Tengo que hacer una entrega —añadí yo, pasando por delante de él.

Me agarró del brazo con tanta fuerza que sin duda iba a dejarme un moratón.

—Espera en el callejón junto con el resto de la basura hasta que yo mande a buscarte.

—Estoy cansada, tengo hambre y llevo una cabeza en esta bolsa —le advertí—. Así que no me jodas.

Me soltó tal bofetada, que eché la cabeza hacia atrás. Así que yo le clavé la mano a la pared con un cuchillo. Al tirar para soltarse él solito se la desgarró, pero se curó al instante y volvió a lanzarse sobre mí. Acabó tirado en el suelo como un pobre cachorrillo vagabundo.

—¿Y eso es lo mejor que sabes portarte? —preguntó entonces alguien.

Alcé la vista y vi el agradable rostro con barba de chivo, pelo oscuro y rizado, y ojos marrones y brillantes del senador Kit Marlowe. Su amable expresión no le impidió apretarle el cuello al tipo tirado en el suelo con la suficiente fuerza como para saltarle los ojos de las cuencas. Y eso solo para ayudarlo a ponerse en pie.

Como Marlowe me detestaba solo un poco menos que a la peste bubónica, pongamos por ejemplo, esa sonrisa me puso nerviosa. Hacía tiempo que sospechaba que era esa precisamente la razón por la cual él sonreía, y sin embargo siempre le surtía efecto. Me encogí de hombros.

—Bueno, no le he clavado el cuchillo en el corazón.

—Puede que hubiera sido mejor —contestó Marlowe afablemente al tiempo que abría la mano.

El vampiro cayó de pie al suelo, se levantó de un salto y se lanzó de nuevo sobre mí a la velocidad del rayo. Así que finalmente yo lo agarré del cuello y taladré el precioso brocado del papel pintado con su cabeza.

—¡Tráela aquí, Mikhail! —se oyó que gritaba una voz por la derecha.

Mikhail debía de ser el que tenía la cabeza taladrada en la pared porque nadie se inmutó. Lo solté y sacó la cabeza. Sus ojos pálidos brillaban llenos de odio. Sonreí. Siempre es todo mucho más fácil cuando los vampiros con los que trato me desprecian. Son los que fingen otra cosa los que me confunden y me ponen enferma. Mikhail y yo nos comprendíamos el uno al otro: él me mataría a la

menor oportunidad y yo simplemente me aseguraría de que no lo consiguiera. Fácil.

—Yo la llevaré —dijo Marlowe.

Mikhail se quedó mirándolo.

—¡Milord, me ha atacado!

—Si eres tan tonto como para lanzarte sobre la hija de lord Mircea estando él presente en su despacho, entonces te mereces todas las palizas que te lleves —le contestó Marlowe escuetamente.

Yo alcé una ceja.

—¿Estando él presente en su despacho? —repetí yo.

Marlowe volvió a esbozar aquella inquietante sonrisa suya, solo que con más ganas.

Atravesamos otro salón y entramos en un despacho con más de lo mismo: molduras talladas a mano, un techo que llegaba hasta el cielo y un mural lleno de querubines gordos que bajaban la vista con suficiencia para mirar a los invitados.

También había una mesa. Era una enorme pieza maestra antigua de caoba con esto tallado aquí y lo otro original allá, pero a pesar de todo no conseguía llamar la atención tanto como la persona que había sentada detrás. A diferencia de Vleck, el senador Mircea Basarab sabía cómo cubrir su bello, moreno y alto cuerpo de espécimen. Aquella noche iba vestido todo de blanco y de etiqueta. Resplandecía desde la coronilla de la bruñida cabeza hasta la punta de los zapatos impecablemente brillantes.

—Solo te falta la capa forrada de rojo —le dije yo en un tono agrio, dejando caer mi sucio petate de lona encima de la mesa.

La bolsa hizo un ruido como de chapoteo. Mircea hizo una mueca.

—Me vale con tu palabra, Dorina —me informó él mientras yo metía la mano hasta el fondo del petate para sacar el resto—. No necesito una prueba material a menos que quiera interrogarlo.

—Lo recordaré la próxima vez.

Vleck goteaba sobre el bonito suelo de mármol, así que lo dejé encima de la mesa. Pero tampoco fue buena idea. Rodó y Marlowe tuvo que correr a salvar unos papeles antes de que quedaran arruinados. Yo miré a mi alrededor, pero no había ninguna papelería a mano. Así que lo clavé en el pincho que servía para ir amontonando los papelitos con las anotaciones diarias de las cosas que había que recordar. Seguía goteando, pero al menos ya no iría a ninguna parte.

Alcé la vista y vi a dos vampiros que me miraban con una expresión poco feliz.

—Bien —dije yo—, a mí me da lo mismo. Solo quiero mi cheque.

Mircea sacó un talonario de cheques encuadernado en piel y comenzó a escribir. Marlowe se quedó pensativo mirando a Vleck y por fin preguntó:

—Siempre me he preguntado cómo consigues salir.

—¿Qué?

—De la discoteca, de la casa o de donde sea —continuó él, sacudiendo la mano—. En el mismo instante de morir un vampiro maestro sus hijos lo captan. Lo sienten aquí —añadió, tocándose el pecho—. Aunque sean mayores y poderosos y estén emancipados. Es como una sacudida. Y sin embargo, tú consigues matar vampiros y escapar del lugar de los hechos con toda la tranquilidad del mundo sin que tu cabeza acabe clavada en lo alto de una pica. Así que volveré a preguntártelo: ¿cómo consigues salir?

—Andando.

—Te estoy hablando en serio. Me gustaría saberlo —añadió él con el ceño fruncido.

—Sé que te gustaría —contesté yo con sarcasmo.

Mircea arrancó el cheque del talonario. Marlowe dirigía la agencia de inteligencia del Senado y sin duda habría preferido mantener asuntos como el de Vleck en manos de sus propios pelotones de la muerte. Pero en tiempos de guerra no podía permitirse el lujo de mandarlos a una misión que no fuera estrictamente esencial.

El conflicto entre el Círculo Plateado de los magos de la luz y sus enemigos, los magos de la oscuridad, había estallado hacía ya tiempo y solo para complicar un poco más las cosas y confundir a todo el mundo, los vampiros habían decidido aliarse con la luz. Sin embargo, eso estaba acabando con sus huestes y por otro lado parecían tener más problemas para terminar con todos los Vleck de este mundo de los que tenía yo.

Y a mí me venía estupendamente que las cosas siguieran así. Estaba ganando más pasta que nunca.

—Todos los vampiros de esa discoteca captaron el instante justo en el que su maestro murió, y sin embargo tú dices que saliste de allí andando —repitió Marlowe con resentimiento, resistiéndose a olvidar el tema.

Yo puse cara de inocente, cosa que a él parecía molestarle tanto como a mí su fastidiosa sonrisa.

—Sí, supongo que tengo suerte.

—¡Pero es que siempre te sale bien!

—Es que tengo mucha, pero que mucha suerte —insistí yo, alargando la mano para coger el cheque.

Mircea lo retuvo en la mano.

—¿Por casualidad no habrás visto últimamente a Louis-Cesare?

—¿Por qué?

Mircea suspiró.

—¿Por qué jamás respondes ni siquiera a la pregunta más sencilla?

—Puede que sea porque tú jamás haces preguntas sencillas. ¿Y para qué puede necesitarme el favorito del Senado europeo a mí precisamente?

A pesar de pertenecer al mismo desastroso y disfuncional clan familiar, Louis-Cesare y yo no nos habíamos conocido hasta muy recientemente. No

era de extrañar teniendo en cuenta que pertenecíamos a estatus opuestos dentro del mundo de los vampiros. Yo soy la hija dhampir de una familia patriarcal, la mancha ignorada y casi desconocida de una descendencia por lo demás inmaculada. Por razones obvias los vampiros temen y aborrecen al mismo tiempo a los dhampirs, y la mayor parte de las familias que dan nacimiento a uno, entierran su error cuanto antes. Para mí seguía siendo un misterio por qué Mircea no lo había hecho. Quizá porque de vez en cuando yo le resultaba útil.

Louise-Cesare, en cambio, pertenecía a la realeza de los vampiros. Era el hijo único del extrañísimo hermano pequeño de Mircea, Radu, y desde su mismo nacimiento no había hecho otra cosa que batir récords. Había pasado a la categoría de maestro cuando ni siquiera llevaba medio siglo muerto, y eso a pesar de que muchos vampiros jamás alcanzan ese rango en toda su larga vida. Un siglo después había sido elevado al estatus de primer nivel, quedando por tanto en pie de igualdad con los competidores más importantes del mundo de los vampiros. Y solo una década más tarde se había convertido en el favorito del Senado europeo y era celebrado por su atractivo, su riqueza y su habilidad en el duelo, habilidad que lo había sacado de muchas situaciones peliagudas.

Hacia un mes que los caminos del príncipe y de la paria se habían cruzado por el hecho de que ambos teníamos algo en común: a los dos se nos daba bien matar a esas cosas. Y si alguna vez una de esas cosas merecía de verdad morir sin duda era Vlad, el hermano loco con ojos de bicho de Mircea. Nuestra colaboración, no obstante, había tenido un comienzo difícil: a Louis-Cesare no le gustaba recibir órdenes de una dhampir, y a mí no me gustaba tener a mi lado a ningún compañero de armas. Y punto. Al final, sin embargo, solucionamos esos problemillas e hicimos el trabajo. Él incluso aprendió modales antes de acabar con la tarea. Y yo por un momento llegué a pensar que era... digamos agradable tener a alguien que me cubriera las espaldas para variar.

A veces puedo llegar a ser una completa imbécil.

—Radu dijo que entre vosotros dos había surgido cierta... amistad —mencionó Mircea con mucho tacto.

—Radu se equivoca.

—No has contestado a la pregunta —observó Marlowe—. ¿Has visto o has tenido algún contacto con Louis-Cesare durante las últimas semanas?

—¿Por qué? ¿Qué ha hecho?

—Nada... Aún.

—Vale, ¿qué teméis que pueda hacer?

Marlowe volvió la vista hacia Mircea y ambos mantuvieron una de esas conversaciones silenciosas que los vampiros sostienen a veces entre ellos y de las que se supone que yo no sé nada.

—Simplemente me gustaría hacerle una pregunta a propósito de un asunto familiar —contestó por fin Mircea tras una pausa.

—Tal y como tú me dices siempre, yo soy de la familia. Dime de qué se trata y quizá pueda ayudarte. ¿O es que eso de ser de la familia vale solo para cuando me necesitas?

Mircea respiró hondo para demostrarme hasta qué punto me consideraba una verdadera lata. Cosa que no habría hecho ninguna falta.

—Es sobre su familia, Dorina, y yo no soy quién para contártelo. Y ahora contesta, ¿lo has visto?

—No sé nada de él desde hace un mes —respondí yo con toda la sinceridad del mundo.

De pronto me había cansado del eterno juego. No necesitaba que me recordara una vez más que por lo que se refería al tema de la familia yo siempre sería considerada de segunda clase.

—Apreciaría mucho que me lo comunicaras si lo vieras —añadió él.

—Y yo apreciaría que me dieras el cheque. ¿O es que habías pensado sostenerlo en la mano durante toda la noche?

Mircea elevó una ceja, pero no lo soltó.

—Puede que tenga otro encargo para ti mañana.

Deslizó una carpeta por encima la mesa con cuidado para no mancharla de sangre.

—¿Puede?

—Todavía hay que tomar una decisión. ¿Estarás libre?

—Veré qué puedo hacer.

—Y Dorina, en caso de decidir seguir adelante con este asunto, esta vez lo necesitaré vivo.

—¿Te vale si te lo entrego en tamaño portátil?

Dependiendo de su nivel de poder un vampiro maestro podía vivir hecho pedacitos desde una semana hasta un mes, siempre y cuando no le clavara una estaca en el corazón. Y evidentemente resulta mucho más fácil sacar a hurtadillas una cabeza en una bolsa que un cuerpo entero. Además la decapitación tiene algo de especial: hacía que hasta el más inflexible de los vampiros pareciera un bocazas.

—Sí, con eso bastará —contestó Mircea, lanzándole una mirada cínica a Vleck.

El exvampiro tenía la boca abierta y sacaba la lengua. Pero al menos no babeaba, pensé yo, aprovechando la oportunidad para arrebatarse el cheque.

¡Dios, cómo me gustaba el dinero fácil!



Durante los últimos días habíamos tenido un tiempo gris y esa mañana no fue distinta, sin embargo conseguí llegar a casa antes de que comenzara a llover. Aparqué la última mole oxidada que me había comprado en el ancho camino que daba a un lateral de la casa. Se trataba de un Camaro que una vez había sido azul, pero que en ese momento parecía pintado con motas grises. Estaba metiendo la llave en la cerradura de la puerta justo cuando comenzaron a caer las primeras gotas.

El cielo plomizo le confería a la destartada y vieja casa victoriana un aspecto mucho más ruinoso que de costumbre. La había construido un marinero, un capitán retirado, allá por la década de los ochenta del siglo XIX justo cuando Flatbush comenzaba a convertirse en la nueva y flamante zona residencial de las afueras de Brooklyn. La casa seguía estando en una buena zona con árboles antiguos y crecidos, pero sus días de gloria ya habían pasado. La pintura se estaba descascarillando, el suelo del porche estaba combado y a la decorativa moldura de madera le faltaba algún que otro pedazo. Y esto último hacía que la casa pareciera una persona mayor a la que le faltara un diente. Pero era mi casa y se alegraba de verme.

Tras un instante, un escalofrío de bienvenida me recorrió el brazo y la puerta se abrió. Salté por encima del agujero que había en el suelo, dejé un par de bolsas sobre la encimera de la cocina y encendí una lámpara pasada de moda especialmente diseñada para cuando hay huracanes. Cuando tiramos de la electricidad a plena potencia los hechizos de protección provocan que la energía venga y se vaya. Y aunque sigue quedando electricidad para las cosas importantes, me da vértigo que las luces no dejen de parpadear.

Saqué una cerveza de la nevera y me quedé de pie junto a la encimera, bebiendo mientras le echaba un vistazo al correo. Alguien había sido tan atento como para dejar las cartas encima de la mesa, quizá porque en su mayor parte eran facturas. Claire, que en otros tiempos había sido mi compañera de piso, había heredado la casa de su tío, pero al marcharse para ocuparse de asuntos más felices y trascendentales la había dejado a mi cuidado. Y lo cierto era que necesitaba muchos cuidados.

Lo más importante de todo era un tejado nuevo. En el techo de mi dormitorio había una inquietante mancha que al principio tenía aproximadamente el tamaño de Rhode Island, pero que en ese momento se parecía ya más a Carolina del Norte. Unos cuantos días más de lluvia y sería igual que Texas. Y después ya no se parecería a ningún sitio más porque aquellas viejas piedras comenzarían a caerme en la cabeza.

Guardé las facturas en su sitio habitual, la panera, y comencé a sacar las cosas de la bolsa. Y justo entonces oí un trueno encima de mi cabeza. Sonó igual que el estallido de una granada y bastó para que toda la casa temblara. Me quedé helada y con el corazón en un puño.

*¡Oh, por favor, por favor!*, rogué en silencio mientras escuchaba con la mayor atención.

Durante un largo rato no oí más que los ruidos producidos por el viento y el retumbar de mi pulso. Pero luego escuché un llanto trémulo y ligerísimo que se filtraba desde el piso de arriba. Se me heló la sangre.

En cuestión de segundos el lamento se intensificó como si fuera una orquesta *in crescendo*. El vaso sucio que había en el fregadero de la cocina comenzó a temblar hasta que se rompió al mismo tiempo que lo poco que quedaba íntegro de mis tímpanos. Coloqué la cabeza sobre la encimera y pensé en la posibilidad de echarme a llorar.

A lo largo de mi longeva vida he padecido guerras, hambre y enfermedades. Pero soy una mujer joven. Soy un guerrero. Y no obstante jamás había tenido que enfrentarme a nada como esto.

Sentí verdaderos deseos de destruir, pero no tenía a nadie a mano.

No podía hacer más que recoger los pedazos de cristal rotos y tirarlos a la basura. Aquel horrible lamento que tronaba por cada una de las ventanas de la casa cesó durante un segundo, quizá dos. Yo respiré aliviada pero con cautela, y de inmediato comenzó de nuevo con renovado vigor. Dejé la cerveza y me dirigí al armario de las bebidas para servirme un whisky.

Estaba maldiciendo a mis compañeros de piso que se habían dedicado a vaciar el armario en mi ausencia cuando oí el ligero crujido de una pisada en el pasillo. Hubiera debido de resultarme imposible oírlo con tanto barullo incluso a pesar de tener un oído tan fino, pero a veces la desesperación despierta el instinto. Quizá porque no era un sonido habitual en la vivienda.

En aquellos momentos convivía con un montón de criaturas que caminaban pesadamente por la casa pisando fuerte sobre las viejas tablas de madera a cualquier hora del día o de la noche. Pero no había ninguna criatura que diera un paso y se quedara parada. O al menos ninguna a la que yo hubiera invitado a entrar.

Sentí los músculos tensándose bajo la piel, listos para estallar en cuanto me pusiera en marcha. Comencé a respirar aceleradamente y una gota de sudor me entró en el ojo. Podía tratarse simplemente de un ruido del viejo edificio, me repetí

con severidad mientras echaba mano hacia el cuchillo de cortar la carne. No debía de ponerme nerviosa.

Entonces volvió a sonar otra vez ese imperceptible ruido procedente de una de las tablas del suelo del pasillo al mismo tiempo que otra lastimera protesta en un tono de voz agudo. Me animé. Quizá después de todo sí encontrara algo que matar.

Atravesé la cocina hasta la puerta y agarré el pomo de cristal verde, pero no lo giré. Por lo general siempre dejábamos la puerta de la cocina abierta porque los goznes chirriaban cada vez que se abría o cerraba. Sin embargo alguien la había cerrado de modo que yo no podía pasar sin anunciar mi presencia. Tendría que quedarme esperando a que el intruso se acercara por el otro lado.

Podía averiguar muchas cosas de ese intruso sin verlo siquiera. Por ejemplo, su peso por la fuerza de la pisada, su altura por el suave susurro del aliento y quizá incluso el sexo si es que llevaba colonia. No obstante cuando agudicé los sentidos lo que percibí fue el susto del contacto de mi cuerpo al rozarse contra otro.

Aparté la mano del pomo, pero seguí sintiendo esa sensación de agitación en cascada a lo largo de la piel que era como una especie de pinchazo eléctrico. No era ni dolorosa ni punzante, y no parecía peligrosa. Más bien era como si unos dedos acuosos me acariciaran con suavidad, derritiéndome al contacto y produciéndome una sensación de tranquilidad y confianza.

Y eso a mí me ponía la carne de gallina.

No quería que nadie tratara de inspirarme confianza cuando había un peligro en mi propia casa. No podía permitirme el lujo de relajarme y perder la tensión. Aunque sentía como se desvanecía, como mi corazón latía más despacio, mi respiración se calmaba y el sudor que había recorrido mis brazos momentos antes se enfriaba con el aire de la noche.

Más preocupante aún era el hecho de que la casa misma no reaccionara. Por lo general los hechizos de protección disfrutaban haciéndoles perrerías a los intrusos. Pero la cocina estaba a oscuras y en silencio, y lo único que se movía era la llama del interior del farol.

Su luz fluctuaba sobre la fila de cuchillos de cocina de la pared, sobre las viejas cacerolas de cobre colgadas del estante de rejilla para los cacharros y sobre la escoba con su sólido palo de madera en un rincón. Cualquiera de aquellos utensilios me habría servido para defenderme de un amplio abanico de criaturas, pero probablemente ninguno me sería útil contra una criatura que había engañado tan completamente a los hechizos de protección de la casa. Y lo mismo podía decir de todo lo que llevaba encima.

Estaba pensando en la posibilidad de escabullirme fuera y hacer el impresionante numerito de Spiderman para subir a mi habitación, donde guardo un alijo de armas mucho más horribles, cuando el chillido de la planta de arriba cesó. No disminuyó de volumen: cesó por completo en cuestión de un segundo como si

una mano estuviera estrangulando aquella pequeña garganta. Entonces me olvidé de las sutilezas, de las tácticas y de la estrategia. Abrí la puerta y entré en el oscuro pasillo con el cuchillo en alto y a punto de soltar un grito.

Pero acabé machacada contra la pared después de sentir cómo me crujían todas las costillas.

Rodé por el suelo para ponerme en pie y le arrojé una mesita a mi enemigo, pero primero me tomé un segundo para tratar de adivinar contra quién estaba luchando. No hubo suerte. Por un instante vi unos ojos enormes y luminosos con pupilas horizontales como las de una cabra, pero entonces me llegó volando una bola de fuego que no sé de dónde salió y que redujo la mesa a cenizas, formando sombras onduladas que subieron por la pared. Salté hacia delante buscando un punto vulnerable que atacar y entonces un enorme pie con garras cubierto de brillantes escamas me aplastó con la fuerza de un martillo.

Caí de espaldas al suelo y encajé el cuello entre dos talones curvos de la longitud de dos dagas. Mi propio cuchillo estaba clavado en el centro de una de aquellas pezuñas, entre dos escamas que se superponían, sujetándome a mí también al tablón del suelo. Sin embargo dudó que para aquella enorme criatura supusiera algo más que una espinita clavada en el pie. Retorcí el cuchillo tratando de sacarlo, pero solo conseguí hincárselo más en la gruesa piel.

Entonces alguien soltó una maldición.

—¡Sácalo ya de una vez!

Al oír aquella voz completamente humana me quedé parada, pero seguía sin ver nada. Entonces una estrecha cinta de fuego salió disparada de la oscuridad y encendió de golpe toda una fila de velas que había en la pared. El truco fue estupendo, pero en aquel momento yo no estaba en situación de admirar nada. Estaba demasiado ocupada contemplando al enorme dragón apretujado en el estrecho pasillo.

No parecía muy cómodo. Tenía las pequeñas alas negras aplastadas contra el techo, las enormes piernas vueltas hacia arriba enrolladas alrededor del cuello, y el hocico alargado le sobresalía de cualquier modo por en medio. Lo único que parecía capaz de mover eran los pies, de los cuales salía un río de sangre negra.

—¡Duele que es la leche!

El animal inclinó la enorme cabeza un poco más para examinarse la herida.

Yo me quedé mirándolo.

La multitud de escamas de color plomizo que cubría su cuerpo quedaba interrumpida por una cresta de un tono amatista brillante que le recorría toda la espalda de arriba abajo. Tenía dos cuernos del color del cristal fundido a los lados de un mechón de pelo de un absurdo color lavanda. Le hacía juego con el color de la pupila de los ojos, que resultaban de lo más chocantes, pero el iris era del color de los pétalos de los pensamientos.

Una membrana nictitante se deslizó por delante de uno de los enormes globos oculares y después del otro mientras el dragón se examinaba el pie

herido. Instantes después esa mirada de alienígena se trasladó hacia mí y el anillo de escamas que le cubría las mejillas adquirió un vago tinte púrpura.

—¡Me has apuñalado!

—Tú has entrado en mi casa —contesté yo despacio, completamente incrédula.

Había visto un montón de cosas extrañas en Brooklyn, pero jamás a un dragón.

—¡Eso no es verdad!

El enorme hocico hizo una mueca y mostró una enorme cantidad de dientes. Pero la voz era melodiosa y hasta hipnótica, y parecía casi como si me inyectara una droga suavemente en las venas. Por mucho que yo tratara de impedirlo me serenaba el pulso acelerado hasta volver a ajustarlo a una velocidad normal. Necesitaba toda la energía de mi ira para luchar, pero de repente mi cuerpo parecía estar pensando en la posibilidad de echarse una siesta y quedarse más flojo que un fideo.

—No tengo por costumbre discutir con un dragón dispuesto a matarme —dije yo, luchando por reprimir un bostezo—, pero sí que es verdad.

—¡Es mi casa!

Entonces un pliegue de la piel que hasta entonces había estado doblado y aplastado contra la espalda de la criatura se abrió. Se extendió de repente hacia arriba como si fuera un abanico translúcido que coronara el largo hocico.

—¿A qué estás esperando? —preguntó en tono exigente el animal—. ¡Sácame eso ya!

Supuse que se refería al cuchillo, así que volví a tirar de él.

—Me sería de gran ayuda si me dejaras levantarme —dije yo un minuto después.

—¿Vas a arrojarme algo más?

—¿Vas a comerme tú?

Los ojos de la criatura volvieron a hacer ese chocante gesto de parpadear de lado en lugar de arriba abajo. Yo comencé a preguntarme si ese era el equivalente del dragón del gesto humano de poner los ojos en blanco.

—¡No seas ridícula, Dory! ¡Sabes perfectamente que soy vegana!

El dragón levantó el pie y yo salí de entre las gigantes uñas de sus dedos. Las tenía negras en el nacimiento y se iban tornando de un gris cada vez más claro hasta terminar en una punta de un tono parecido al de los cuernos. Excepto por unas pocas motas de un rojo brillante. Por el parecido sospeché que se trataba de laca de uñas, y entonces decidí dejar de pensar por completo.

Por fin saqué el cuchillo y justo en el instante en el que aquella gruesa piel se vio libre de él, una fría luz de un color blanco azulado comenzó a salir por entre sus escamas como si aquel enorme cuerpo quisiera dejar de interpretar un desgraciado papel. Y entonces una explosión de luz me golpeó igual que si fuera un puñetazo, lanzándome algo más de un metro más atrás. Aterrícé de golpe

sobre el descolorido papel pintado de la pared y tiré un espejo. Cayó al suelo y se rompió, y entonces comenzaron de nuevo los chillidos del piso de arriba.

—¡Dios!, necesito una copa —dijo una voz con ansiedad.

Justo lo que yo estaba pensando.

Me incorporé y me senté mientras alguien empujaba la puerta de la cocina y se dirigía al armario de los licores. Apoyé las manos y las rodillas en el suelo y asomé la cabeza por el dintel, pero solo vi a una pelirroja alta, desnuda, de pie delante del farol que yo había encendido. Rebuscaba por el armario de los licores vacío.

—¡No me digas que ahora eres abstemia!

—No —negué yo con prudencia, observando aquella nueva figura de arriba abajo.

Se parecía a Claire, mi antigua compañera de piso. El espejismo era perfecto hasta en los más mínimos detalles que los hechizos suelen pasar por alto. El pelo era una bola enmarañada roja tal y como se le ponía siempre a Claire cuando el tiempo estaba lluvioso; las pecas de la nariz formaban un dibujo muy similar y la criatura cruzaba los brazos sobre el pecho con una postura habitual en ella que expresaba insatisfacción.

Pero también había ciertas notas discordantes. Esta Claire tenía ojeras de un morado oscuro, no dejaba de dirigir la vista nerviosamente de un lado a otro por la cocina y además mostraba cierta palidez enfermiza a pesar de las pecas. Tenía los labios blancos y apretados fuertemente el uno contra el otro y parecía como si no hubiera dormido durante una buena temporada, como si estuviera de los nervios.

Y lo realmente decisivo era que Claire jamás habría aparecido sola en medio de la noche, descalza y con esa mirada de loca. Cuando yo la conocí tenía un trabajo mal pagado en una sala mágica de subastas. Necesitaba algo más de dinero, y por eso buscaba una compañera de piso. Aunque todo eso fue antes de que apareciera un auténtico príncipe fey en una de las subastas, la enamorara locamente y se la llevara a Fantasía. Y desde entonces vive allí, supuestamente feliz, comiendo perdices como sueña todo el mundo.

—Resultas de lo más seductora —comenté yo. Me preguntaba cómo se desahucia a un dragón con forma momentáneamente humana de una cocina—. Pero para la próxima vez, te informo de que Claire no tiene por costumbre andar por ahí desnuda. Ni siquiera en su propia casa.

—¡Llevaba ropa! —exclamó la criatura, que inmediatamente sacó un delantal de un cajón. Era un delantal de esos antiguos que más bien parecen un vestido. Al menos tendría un aspecto decente mientras no se diera la vuelta—. Pero ahora, cada vez que cambio, estallo la ropa. Mi yo dragón ha llegado a la adolescencia y crece como la marihuana.

Desvié la vista desde el cajón donde guardábamos los delantales, que yo ni siquiera sabía que teníamos, hasta la mujer que se encogía de hombros luciendo uno de ellos.

—¿Tu yo dragón?

Ella se apartó unos cuantos mechones de pelo lacio de la frente con el dorso de la mano antes de contestar:

—Soy a medias fey de la oscuridad, Dory. Y tú lo sabes.

—Sí, pero... nunca me dijiste qué tipo de fey eras.

—Ni yo misma lo sabía hasta hace poco. Y además, de todos modos, no es el tipo de asunto del que uno vaya hablando por ahí en cualquier conversación.

Por fin encontró una caja de aspirinas en un cajón y se la acercó a los ojos para leer la etiqueta haciendo el típico gesto de un miope. Aquellos preciosos ojos verdes siempre habían visto mal de cerca, y me imagino que el hecho de cubrirse de escamas era una putada a la hora de llevar gafas.

Me puse de pie lentamente. La cabeza me daba vueltas.

—¿Eres Claire?

—¿Y quién creías que era? —preguntó ella—. ¿Atila el huno?

Claire fijó la vista en el cuchillo de cortar carne que yo seguía sosteniendo en una mano y del que chorreaba sangre negra no humana por el suelo de baldosas de la cocina. La sangre de dragón es corrosiva, cosa que posiblemente explica por qué la mitad del filo del cuchillo había desaparecido y por qué parecía como si un ratón hubiera estado mordisqueando las baldosas. Me llevé lo que quedaba del cuchillo al fregadero, lo lavé y volví a dejarlo en su sitio.

Eso pareció tranquilizarla porque entonces ella sacó algo que tenía escondido detrás de las piernas y lo sentó torpemente en una silla de la cocina. Debía de tenerlo oculto en la espalda cuando estábamos en el pasillo porque yo ni siquiera lo había visto. Me acerqué despacio a la mesa y contemplé aquella nueva complicación con suma cautela.

La pequeña criatura que viajaba siempre a cuestas parecía humana. Me figuré que era un niño por la ingeniosa túnica azul que llevaba puesta. Supuse que debía de tener alrededor de un año, pero a pesar de ello me miró con calma y con una especial tranquilidad teniendo en cuenta la escena de la que acababa de ser testigo.

—¿Quién es este niño? —pregunté yo, observando cómo babeaba sobre la túnica.

Claire se tragó la aspirina sin agua y luego respondió:

—El heredero del trono de Fantasía.

—El heredero del trono de Fantasía acaba de regurgitar.

—Lo hace mucho. Está echando los dientes.

Yo parpadeé.

—¿Echando los dientes? ¿Echa los dientes y regurgita?

—¿Por qué lo preguntas? ¿Qué otra cosa esperabas?

Yo sacudí las manos.

—¡Eso!

—¿Te refieres al ruido?

—¡Sí! Me refiero a ese horrible ruido que está venga dale que te pego...

—¿Eso es un bebé?

—Sí, un bebé duergar. Bueno, solo medio duergar —me corregí yo—. La otra mitad es brownie, o al menos eso me dijeron. Aunque empiezo a pensar que en realidad es banshee. Ya sabes, hijo de una de esas mujeres irlandesas cuyo espíritu vaga como un alma en pena según cuenta la mitología.

—¿Estás hablando de esa cosita que recogiste en la subasta?

Por fin Claire encontró una caja de tiritas y se estampó una en el dedo del pie. Y vale, el asunto del delantal podía haberle salido bien de chiripa, pero no había mucha gente que supiera de dónde había sacado yo mi nueva afición. La subasta mágica había sido por completo ilegal y estrictamente confidencial. No era de extrañar si tenemos en cuenta que vendían híbridos ilegales de criaturas sobrenaturales y que algunas de ellas eran bastante peligrosas. Ni siquiera yo sabía que esa subasta iba a celebrarse hasta que entramos allí por casualidad.

Por extraño que pareciera, aquella criatura era Claire.

—Sí —le dije yo.

La cabeza me hervía de preguntas. Hacía más de un mes que no la veía. Y según parecía, ella había adquirido unas cuantas habilidades durante su ausencia.

—Pero si el bebé ya tenía dientes —objetó Claire, frunciendo el ceño al ver la nevera vacía.

—Eran los dientes de leche. He estado encontrándomelos tirados por toda la casa. Ahora le están saliendo los dientes de mayor y... Claire, creo que me estoy volviendo loca.

—No te estás volviendo loca.

—¡Acabo de verte transformada en un dragón!

—¡Bueno, no haberme asustado! —exclamó ella a su vez. Claire abrió la panera y se quedó mirando el montón de papeles—. ¿Pero es que ya no hay nadie que coma en esta casa?

—Me apaño con la comida rápida para llevar.

Los ojos de Claire se fijaron entonces en las enormes bolsas blancas que despedían un aroma a pollo al sésamo, a verduras *chow mein* y a arroz frito por toda la cocina.

—Parece que has traído comida suficiente para tres —comentó ella sin perder la esperanza.

—Sí, pero no sé cuándo podremos comérmolos. ¡Con tanto susto!

Claire frunció el ceño y por un momento me pareció idéntica a su *alter ego*.

—¿Dónde está ese bebé tuyo?

Yo sonreí.